

LOS LIMITES DE ESPAÑA

Entre nuestros recuerdos infantiles figura uno de los primeros encuentros que teníamos en la escuela primaria, con algún viejo —y no muy perfecto— mapa de Paluzie, adosado a la pared, y que señalado con un largo puntero, motivaba una de las primeras lecciones escolares: «España limita al Norte con el Mar Cantábrico y los montes Pirineos que la separan de Francia; al Este con el Mar Mediterráneo; al Sur con este mismo mar; y al Oeste con Portugal y el Océano Atlántico.» Explicación simplista que omitía a Andorra, Baleares y Canarias, Ceuta y Melilla y Gibraltar, además de olvidar al Atlántico Sur; y que provocaba perplejidades en los escolares; porque por inercia —expresión de la pobreza de dotaciones docentes en contraste con la largueza deslumbrante de los últimos presupuestos— los viejos mapas ostentaban recuadros con Cuba, Filipinas y Puerto Rico, que provocaban inocentes preguntas al maestro: ¿y esas islas, qué son?

* * *

Los tiempos han cambiado mucho —y de prisa, guste o no, pero sin que valga distraerse— desde entonces. Ahora, si los maestros quieren cumplir concienzudamente su sagrado deber de enseñar, no podrán resumir tan brevemente «los límites de España» cuando los expongan a párvulos, en cuyas mentes no tendrán cabida conceptos fundamentales, sin cuya mención la visión descriptiva de los límites patrios resultará incompleta o superficial. Y lo peor es que esos mismos escolares están oyendo continuamente fuera del medio escolar —en la calle, en su casa, por doquier— esas palabras raras que el maestro difícilmente puede explicarles, pero que, sin entender, van penetrando, pueris concepta, en sus cabezas. «Mercado Común», «terrorismo», «apresamiento de pesqueros», y otras cosas, aparentemente lejos de la

geografía infantil, y en realidad muy dentro de los que empiezan, forzosa y atropelladamente, a escuchar los males de la Patria.

* * *

España no limita rigurosamente al Norte con los montes Pirineos que la separan de Francia—aunque se dijera en 1659—porque los araneses quedan del lado de allá, como los cerdañoles del lado de acá; y porque no separan sino en algunos aspectos. Millones de seres los traspasan fácilmente, aunque los simplifiquemos inexacta e irresponsablemente en dos grupos: los turistas que bajan y los emigrantes que suben. Entran y salen unas clases de gentes, incluida la destacable representación del terrorismo establecido, no en ningún fantástico país vasco «liberado» sino en el simple Departamento de los Pirineos que antes eran Bajos y ahora son Atlánticos ¡misterio de la nomenclatura del más centralista de los Estados, protector de la disgregación del vecino, si éste es débil y se lo tolera! Y limita con algo más que Francia. Con el Mercado Común—oficialmente y para mayor confusión de los escolares: Comunidades Económicas Europeas—que son algo así como el Imperio de Carlomagno, reforzado con los barbari Angliae—que aquél no dominó—y otras gentes no menos bárbaras—extrañas, no incivilizadas—pero jugando el papel que a los niños nos enseñaban que correspondía a los infieles del Islam, por cierto, entonces españoles, civilizados y dentro de casa, y no como en los tiempos que corren.

* * *

España, con Baleares por la Providencia actuante, sigue lindando al Este con el Mediterráneo, el Mare Atomicum y no Nostrum como en tiempos de Pedro III. Allá siguen Córcega-Cerdeña, Italia «reppublica democratica fondata sul lavoro» (y otras cosas) y ese Mundo del que Yugoslavia y Albania son avanzadas, que les enseñamos a los niños que es el malo mientras el nuestro (¿cuál: el «Occidental» que nos rechaza?) es el bueno cuando uno y otro luchan, con métodos diferentes, contra las mil facetas del único y común problema humano: supervivir, cada día, más onerosamente.

Y al Sur linda «con ese mismo mar», y desde el estrecho de Gibraltar con el Atlántico, dejando en casa una colonia ajena—Gibraltar, que combatida con discurso de ilustres viajeros a la ONU, parece llamada a ser otra pequeña

Roma: la Ciudad Eterna. Mientras que más allá del Mar, que es el Estrecho, se estrecha hasta 13/14 kilómetros, hay dos municipios españoles Ceuta y Melilla, donde sin llover mucho, el cielo parece oscurecido; y hasta —expresando a los escolares— unos puntitos irrepresentables en un mapa mural, los añejos «Peñones» o «Plazas Menores» (¡qué léxico!). Por cierto: un Mar donde han vuelto a salir los «piratas berberiscos» que cautivaron a Cervantes, según nos decían.

Al Oeste sigue España lindando con el Océano, entre cuyos dos litorales se interpone otro Estado, once siglos separado, pero fatalmente muy parecido a nosotros —incluso hablando de prisa y sin «corridas de morte» (para los toros): el fraterno Portugal, con el que compartimos ríos y saltos, pestes humanas y animales, migraciones y —hasta hace muy poco— arremetidas exteriores, y tantas otras cosas. Algunas importantes barridas con facilidad por los vientos peninsulares, que es cosa de pensar, si no hemos de pensar en la solidez y agudeza de nuestras construcciones, para que tampoco sean barridas por el viento. Y por cierto, como los escolares de hoy saben muchísimo más que sus abuelos —entre los que se cuenta quien escribe, gracias a Dios— recuerdo algo de apariencia infantilmente disparatada, pero que en las horas de insomnio me dio que pensar. «España limita al Oeste con Cuba». El maestro, naturalmente, corrigió al extraviado escolar, no sabemos, no sabemos si por la ignorancia geográfica, o por la anticipación intuitiva, de ese séptimo sentido que poseen los niños, y al que los mayores, injustamente despreciamos.

* * *

Claro que en mi lejana niñez como en los tiempos actuales había y hay niños-sabios, que sobresalen. Quizá entonces más aislada, fragmentaria y hasta espontáneamente, haciendo que sus infantiles mentes «explotaran» algún detonante oído a los mayores, para lucirse ante el maestro o ante sus compañeros. Ahora los niños-prodigio parecen los primeros ejemplares de una nueva raza horrenda, la de los que serán tecnócratas andando los años, y lo planearán todo, arreglando muy poco. Pues bien, de los niños-sabios con los que tratamos, siendo nosotros niños a secas, salían adiciones a «los límites de España» como esta: «... El Atlántico, que surcado por Colón llevó a España a descubrir y civilizar América, donde se habla español». ¿Qué dirían hoy, sobre el tema, los niños-prodigio? Dudarían en si Colombo o los vikingos descubrieron América, o los americanos —en sentido adverso— des-

cubrieron España, como lo demuestran «sus posesiones» en la Península e islas adyacentes. A algún niño-prodigio le oímos una graciosa puntualización: Santa Rita. Que quitándose lo santo, y cambiándole la i por la o, quedaba en la mención de un pueblo, donde realmente hay una curiosa base: Rota. Pero, en fin, las anécdotas nos extraviarían, además de provocar el disgusto de los partidarios de que los temas serios se traten con seriedad. Nosotros también: pero le llamamos «tratar» no a escribir unas concisas cuartillas, sino a desarrollar unas largas, trascendentales y discretas gestiones.

* * *

Y perdone el lector el repaso de Geografía Infantil, que ahora si precisa menos tiempo para definir «los límites de España» Canarias aparte, se fueron Yebala-Rif, Ifni, Tarfaya, Fernando Poo, Río Muni y hasta la única tierra en el hemisferio sur, donde permanecíamos: Annobón. Para el Sáhara, no nos queda tinta que permita seguir escribiendo. Ni para la España dispersa por el Mundo, pese a su importancia, para la que está trabajando afanosamente contra un conjunto externo, poco amigo, y contra sus propias dificultades internas.

J. M. C. T.

ESTUDIOS

